

EL MARCO POLO DEL ABSURDO

Al día siguiente, en el bolsillo del jean de las cicatrices*, encontré una tarjeta personal. En grande y con cursiva dorada decía: Nobuko estilista. Abajo, en un rincón estaba escrito su mail y número de teléfono. Iba a tirarla, pero me causó gracia y la guardé. Pasaron los días y Ulán Bator adquirió un tono navideño. En la avenida principal, donde cada tanto se veía algún mongol en caballo, habían colgado lucecitas de colores y banderines. En la entrada del único centro comercial había un árbol de navidad gigante como el del Rockefeller Center. Los negocios estaban repletos de cartulinas con ofertas y el ambiente duro de la capital resultaba más amistoso. A este país budista la globalización le había traído una navidad. Contagiado por ese espíritu empecé a pensar en las fiestas. Por primera vez en mi vida iba a pasar año nuevo en otro país. Y no solo eso, sino que esa primera vez iba a ser en Mongolia. Todos los días me detenía en las vidrieras como si tuviese que comprar regalos. ¿Botas con piel de camello con un treinta por ciento off? Ideales para mi papá. ¿Una espada? ¿Un traje tradicional? Lo que siempre había querido mi tía Susana.

Pasar tantas horas en la calle no era fácil. El aire de Ulán Bator tenía sabor a monóxido de carbono y las puertas, mesas y postes daban electricidad. Es una ciudad con mucha estática, me dijo alguien en el hostel. ¿No viste los pelos de la gente? Entonces noté que las personas tenían los pelos lacios parados como antenas. Además, con treinta grados bajo cero tenía que planificar los recorridos. Cuando salía a caminar, cada diez minutos me metía a refugiarme en un lo-

* El único jean de mi viaje, con algunos agujeros y cortes.

cal calefaccionado. Después de un tiempo en Ulán Bator, ya tenía un croquis mental con las mejores estufas de la capital y sus ubicaciones. Uno de esos refugios era la oficina de correos. Un edificio antiguo, de esos con rincones que no se limpian hace décadas y escritorios macizos que pesan toneladas. El hall de la oficina era inmenso y en los techos, altísimos, retumbaban las conversaciones de todo el salón y pese a su monumentalidad el calor lo hacía acogedor. Cada vez que entraba, me preguntaba con quiénes se enviaban correspondencia los mongoles. Adónde iban o de dónde llegaban las cartas. Para mí, los mongoles eran un pueblo sin amigos. Aislados, cabizbajos y orgullosos de su imperio. Gente a la que si no le caías bien, te conquistaba. El deporte nacional era la lucha libre y en el centro había un monumento de bronce con dos mongoles enganchados en una toma mortal. Mongolia tenía una cultura que valoraba la fuerza y el poderío. Un día acompañé a una amiga al supermercado y al verla con tantas bolsas le ofrecí ayuda. Yo puedo sola, rugió. Las levantó como una pesista e hizo alarde de todo lo que podía cargar. En las veredas era normal que la gente se empujase sin pedir disculpas ni permiso. Y en una farmacia, en vez de los clásicos productos para bajar la panza o quemar celulitis, vi promociones para aumentar de peso. A veces Mongolia me daba ganas de luchar.

Un día, en un rincón de ese gran hall del correo vi a dos chicas planchándose el pelo. En este mundo de antiguos guerreros ellas no encajaban. Me dio intriga saber qué hacían. ¿Habían ido especialmente ahí a alisarse? ¿Por qué no lo hacían en su casa? Además, si ya tenían el pelo lacio, ¿para qué se lo querían planchar aún más? Me acerqué a sacarles una foto y me preguntaron si quería un alisado. No traten de convertirme, mi pelo no se alisa, ni siquiera en estas tierras, les respondí sacándome el *shapka*. Las chicas quedaron boquiabiertas y la planchita, balanceándose en el enchufe. Acercaron las manos con prudencia y me tocaron la cabeza. Tenían cara de nunca haber visto rulos en toda su vida. Dejanos probar con un mechón, me rogaron. Con aires de superado volví a negarme y me puse el *shapka*. Me fui pensando en los pelos mongoles, en sus

conquistas y las influencias capilares. Seguro que los turcos de pelo lacio tenían sus genes. ¿Y los chinos? ¿Había chances de que tuvieran otro tipo de cabello antes de las invasiones del Kan?

Cuando salí del correo vi la tarjeta de Nobuko y suspiré. Hacía tiempo que no me cortaba el pelo. Estaba desperejo y tenía una rasta gigante apoderándose de la nuca. Una rasta que al principio viajaba simpática y ahora había perdido el control. Mis rulos estaban mal, lo sabía, pero no había podido hacer nada. Ya era todo un desafío distinguir el champú del acondicionador en Ulán Bator. ¿Detectar la crema de enjuague para rizados definidos? Imposible. Hacía días que mis lavados se limitaban a los sobrecitos de champú, livianos y fáciles de cargar. Quizás cortarme con Nobuko era una buena idea.

Ni bien llegué al hostel me senté frente a la computadora, saqué la tarjeta y pasé los dedos por las letras doradas. Nobuko, dije en voz baja. Y le escribí un mail. La Samurái Toro me respondió con distancia y cordialidad japonesa. No era la misma borracha que me juraba que yo tenía el cabello más lindo que había visto en su vida. Mantenía su oferta del corte pero notaba cierto desinterés en la propuesta. Sugería un día, fijaba un horario y me citaba en la universidad de peluquería. Quedé atónito. ¿Era un punto de encuentro o me cortarían ahí mismo? No sabía si tenía que llevar cuaderno, si hacía falta una tarjeta de estudiante o si sus alumnos iban a ser testigos del corte. ¿Entraba en el parcial? Claro, en una tierra sin rulos, yo era un caso de estudio. Quise preguntarle todo eso, pero su mail era tan solemne que parecía una invitación a un congreso en el MIT. A todo le dije que sí y el día del corte acudí a la dueña del hostel para que me ayudase a llegar hasta la universidad. La dueña me miró sorprendida. No es para estudiar, es solo para un cambio de look, le aclaré. La mongola abrió bien grandes los ojos y suspiró. Sos el cliente más raro que tuve en mi vida, me dijo, y me dio un papelito lleno de instrucciones escritas en mongol.

Ese día me vestí con lo mejor que tenía en mi placard-mochila: el sweater de polo y el jean de las cicatrices. Imaginé un anfiteatro lleno de estudiantes de todo el país atentos a lo que pasaba en mi

cabeza. Seguro me iban a pedir unas palabras. Y mientras caminaba por la calle, elaboré un discurso: Alumnos y alumnas de peluquería de la Tierra de los Pelos Lacios... ¿Tenía que incluir también a las autoridades? Alumnos, alumnas, decano, y autoridades... Me distraje cuando llegué a la avenida. En Mongolia cualquier auto podía ser un taxi. Cualquier persona podía frenar, negociar un precio y llevarme. Estiré la mano con poca convicción y paró una familia. Les di el papelito y sin prestar atención al camino volví a mi discurso: Hoy se acaba de hacer historia en Mongolia. Son testigos de cómo se cortan lo que en Occidente conocemos como rulos. O bucles definidos si el clima es seco.

Me dejaron en la puerta de la universidad y permanecí unos instantes frente a la entrada observando el edificio, que ocupa toda una manzana. A mi lado pasaban estudiantes gritándose cosas y algunos se quedaban charlando como si no les importase el frío. Había chicos con mochilas gastadas colgadas de un solo hombro y otros llevando los cuadernos bajo el brazo. Los estudiantes de esa universidad no eran guerreros. Muchas chicas tenían mechones rosas y azules. Los varones usaban chupines. Por primera vez encontraba jóvenes distintos de los que veía por la calle.

Antes de entrar me acordé de Marco Polo y la estatua que lo inmortalizaba en el centro de la capital. Él había sido uno de los primeros viajeros en llegar de Occidente a las tierras del Kan. Se había ganado un puesto en la corte y viajaba como embajador deslumbrando a todos con sus relatos. Ese día me sentía un Marco Polo del absurdo. Las historias que tenía para contar de mi paso por Mongolia eran una sucesión de hechos insólitos. La luz de Kimuras y los escupitajos de Honda, la llegada de la Flor de Loto y Nobuko. La borrachera y la invitación al corte de pelo. Todo parecía tan ridículo... y de repente estaba ahí, ante la inminencia del cambio de look. Crucé la entrada convulsionada de estudiantes y seguí por un pasillo en el que ya no quedaba casi nadie. Con los nervios del corte, el discurso que no estaba listo y la posibilidad de un aula desbordada, di una vuelta por la planta baja para calmar la ansiedad.

Vi esculturas y atriles por todos lados. Era una facultad de diseño o artes, quizás un terciario. En los pasillos de la planta baja daba la impresión de que el horario de clases había terminado. Pregunté a dos chicas por Mrs. Nobuko y se encogieron de hombros. Quizás la fantasía del congreso era un poco exagerada. Subí las escaleras, di la misma vuelta en el primer piso y me crucé con dos más que iban tomadas del brazo. Escondieron las sonrisas atrás de sus cuadernos y dieron una media vuelta innecesaria para cruzarse conmigo otra vez. Aproveché su curiosidad y les consulté por la japonesa.

El aula de Nobuko no era un anfiteatro ni estaba repleta. La noticia de mi intervención capilar les había llegado apenas a cuatro alumnos. Quizás eran los más nerds de la clase, o tal vez los que debían levantar nota. El aula tenía capacidad para unas ochenta personas y la decoración era una fusión entre una peluquería y una escuela. Ingresé por la puerta del fondo y vi a lo lejos a Nobuko en su escritorio. Estaba concentrada en sus papeles y no se percató de mi irrupción. Leía en silencio con los anteojos recostados sobre sus pómulos de toro. Detrás de su escritorio había dos pizarrones y sobre ellos, un estante repleto de cabezas de telgopor con pelucas. El aula la completaban pupitres en el centro y sillones de peluquería a los costados. En la pared que daba al pasillo había varios espejos de cuerpo entero, mientras la opuesta era un gran ventanal a la calle. Saludé a la distancia. Nobuko levantó la vista y sin inmutarse me hizo una seña para que me acercara. Me dio una bienvenida formal y pidió disculpas por tomarse unos minutos para terminar de corregir. Era como si la borrachera y los ronquidos sobre el tatami jamás hubiesen existido. Con un ademán sencillo y lleno de autoridad le indicó a una alumna que me lavase el pelo.

La seguí por el aula hasta un sillón y otros tres se acercaron a ver el procedimiento. Los chicos no me sacaban los ojos de encima. Con algo de impaciencia incliné la cabeza hacia atrás, me relajé y cerré los ojos. Luego de un año sin entrar en una peluquería, esperé encontrarme con una caricia de agua tibia sobre la frente. Sin embargo, el chorro estaba tan frío que salté del sillón. ¿Qué hacés?

Está helada, le grité a la alumna. La chica puso una cara torpe de aprendiz. Con una mezcla de terror y vergüenza, cerró la canilla al borde del llanto. ¡La puta madre! Es de las que tienen que levantar nota. Tartamudeó en inglés unas disculpas que me dieron pena y la consolé. Ya está, fue un accidente, pero ahora poné agua caliente. Siguió con el balbuceo y fue uno de sus compañeros el que aclaró que solo tenían agua fría. ¿Hacía menos treinta grados y tenía que lavarme con agua fría? Con un gesto de desprecio le indiqué que continuara. Me pasó champú por la cabeza tirándome del pelo y volví a gritar. ¡Vos conmigo no pasás el examen! Era el peor lavado de mi vida. Encima, esos tres ñoños alrededor de mi cabeza. ¿Qué me miran? Quise espiar lo que pasaba y en uno de los parpadeos me entró champú en el ojo izquierdo. Ahora había sido culpa mía, pero volví a agarrármela con la chica.

Crucé el aula con una toalla en la cabeza hasta uno de los sillones donde me esperaba Nobuko. Intenté explicarle el look que tenía pensado. El largo está bien. Rebajame los costados que los tengo muy Krusty, mantené el volumen pero sacame cantidad. Esas eran las instrucciones que le daba a Juan Carlos en Buenos Aires. Me era imposible explicarlo en inglés. Y además, Nobuko tampoco estaba dispuesta a escuchar. Empezó por la rasta que acaparaba la nuca. Cortala de raíz, le pedí. Nobuko eligió desarmarla. Con trabajo minucioso y paciencia japonesa, se tomó una hora para deshacer un mechón de pelos que parecía fundido por un soldador. Cuando terminó con la rasta me llevó a otro sillón para un baño de crema. Me quedé una hora con un aluminio dorado en la cabeza. Esa tarde, todo lo que pudiese hacerme en el pelo, la Samurái Toro lo iba a hacer. Mi cabeza sería su bonsái experimental. Después del aluminio, en la universidad ya no quedaba nadie. Los pasillos estaban a oscuras y la única luz en todo el edificio era la del aula de Nobuko. Una especie de laboratorio del doctor Frankenstein en la noche mongola. Quise apurarla, salir de ahí, pero mi look era parte de una obra inédita que llevaba tiempo y dedicación. Con una tijera miniatura cortó los rulos como si fuesen retazos de tela. Saltaba de

un sector de la cabeza a otro y a cada mechón que rebanaba le dedicaba una pausa eterna. Ya no conversábamos. La veía a través del espejo con sonrisas que parecían esconder un placer perturbador.

Cuando terminó ya era de noche. ¿Qué te parece?, me preguntó. No supe qué responder. Vi en el espejo el corte más extraño de mi vida. Los rulos en vez de quedar como bucles sedosos parecían una pelota hecha de alambre. ¿Me va a quedar así para siempre? Parecía la pantera rosa después de salir del centrifugado. En la parte de atrás me había hecho una colita que empezaba con un pompón en la nuca. ¿El último grito de la moda mongola? Me daba vergüenza salir con ese peinado, pero ella estaba tan feliz que tuve que decirle que me encantaba.

Deslumbrada con su obra me pidió que la acompañase a una inauguración en una galería. Era como si el corte gratuito le diera el derecho sobre mi cabeza por algunas horas más. Acepté. Entramos juntos a un salón donde se codeaba la vanguardia artística de Ulán Bator. Allí descubrí un nuevo tipo de mongol más refinado y pretencioso. Hombres vestidos con sacos y zapatos chillones, mujeres que sostenían copas de vino con la muñeca quebrada. Volví a pensar en esta aventura de Marco Polo del absurdo y le agradecí a Nobuko por conducirme a un escenario al que jamás hubiese llegado por mis propios medios. La Samurái Toro me llevó de acá para allá y me presentó a sus amigos exhibiéndome como un trofeo. Ojalá que mi cabeza no termine colgada en su pared, pensé. Traté de olvidarme de lo raro que me sentía con el look y jugué a ser un modelo excéntrico. Miré a todos con arrogancia, como si ese pompón en la nuca fuese el peinado que se venía la temporada siguiente. Y mientras Nobuko me paseaba por el salón aproveché para tomar vino y comer canapés.

Cuando terminó el evento me preguntó qué iba a hacer para el año nuevo. Suponiendo que quería mis rulos para decorar su mesa del treinta y uno, inventé que ya tenía planes. Le agradecí nuevamente por el corte y vi por última vez su cadera de barril, sus labios con botox y sus pómulos sobresalientes. Apenas salí de la galería

desarmé el pompón de la nuca, me puse el *shapka* ruso en la cabeza y no me lo saqué hasta llegar al hostel. Antes de meterme en la ducha decidí mirarme al espejo unos segundos. Traté de reconocermme en ese peinado. El Marco Polo del absurdo, pensé. Quizás así sería mi paso por la Tierra de los Pelos Lacios.

Agarré el papelito con las instrucciones para llegar a la universidad y antes de tirarlo le saqué una foto. Hice lo mismo con todo aquello que había acumulado en mis días mongoles. Tarjetas, estampillas, panfletos. Les sacaba una foto, los rompía y a la basura. La última era la tarjeta de la Samurái Toro. Le saqué la foto, pasé los dedos por las letras doradas y la tiré.